

# Capítulo 1

*Septiembre de 1765  
Perriam Manor, Surrey*

**E**l honorable Peregrine Perriam se acercó al lecho de muerte con desagrado.

La mañana ya estaba bien entrada, pero las ventanas seguían cerradas y las cortinas echadas, creando un ambiente de pesadumbre que atrapaba los olores a enfermedad, putrefacción y a algo perfumado diseñado para disimular los dos anteriores.

Una hilera de velas junto a la cama iluminaba sus grandes y oscuros postes de madera de roble y sus aterciopelados cortinajes de color carmín. Esta parecía datar del siglo XVI. Perry se había llevado la misma impresión con la casa. Los oscuros paneles de madera que tapizaban todas las paredes parecían ser los mismos desde el día en el que la reyerta por ganar Perriam Manor había empezado. Era como si un toque más moderno pudiera hacerles perder puntos en la larga batalla.

Debería haber ignorado la garabateada citación de Giles Perriam, pero nadie en su familia podría desdeñar nada que tuviera que ver con Perriam Manor y menos aún una carta que rezumaba tal alarde de malicia.

*He redactado un nuevo testamento. Te he nombrado mi heredero. Si quieres saber qué más he hecho, será mejor que vengas rápido.*

Había querido negarle a Giles cual fuera que fuese el placer retorcido que estaba buscando, pero el «te he nombrado mi heredero» lo había llevado hasta allí en menos que canta un gallo.

Era imposible.

Según su rama de la familia Perriam, esa casa de estilo Tudor y sus tierras eran la «finca robada»; su pérdida fue el amargo legado de una división de propiedades que tuvo lugar siete generaciones antes. Recuperarla era una causa sagrada, pero el único modo de lograrlo era que la otra rama de la familia, la de Giles, no consiguiera alumbrar a un heredero varón directo. En ese caso, por un pacto legal, la propiedad debía pasar a la rama más antigua de la familia, encabezada en esos momentos por el padre de Perry, el conde de Hernesscroft.

El conde había observado con satisfacción los vanos intentos de Giles por traer al mundo a un heredero varón vivo. Cuando la salud de este se malogró, aquel se frotó las manos y casi pudo saborear la victoria; por fin la antigua injusticia se arreglaría y él seguía vivo para verlo con sus propios ojos.

«Te he nombrado mi heredero.» Eso no era posible. Y luego seguía con el «si quieres saber qué más he hecho».

Giles no era estúpido. Era un depravado y un retorcido sin ningún tipo de moral ni escrúpulos, pero no estúpido. Fuera cual fuese el plan que hubiera trazado, daría mucha guerra.

Perry estudió al hombre recostado en los almohadones, cual esqueleto revestido de antiguos pergaminos. Giles había sido rollizo, pero ahora su rostro estaba dominado por su puntiaguda nariz y unos pómulos prominentes. Además, sus ojos hundidos estaban más marcados que de costumbre por unas profundas ojeras. Una mano cadavérica yacía sobre el cubrecama rojo carmín con los dedos flexionados y formando una garra.

¿Qué buscaba conseguir Giles exactamente estando tan cerca de su muerte?

Había varias personas en la habitación —un clérigo taciturno, un médico sin levita y algunos sirvientes— pero Perry se centró en el hombre moribundo mientras se aproximaba a la cama.

Cuando llegó a sus pies, el clérigo se inclinó hacia adelante.

—El señor Perriam está aquí, señor. El heredero que usted ha elegido.

—Elegido... —gruñó el primo Giles sin abrir los ojos—. No habríamos llegado a esta situación si alguno de los míos hubiera sobrevivido.

El capellán retrocedió, afligido. La muerte de cuatro bebés varones no dejaba lugar para comentarios reconfortantes. Tres esposas, cuatro hijos, pero ningún heredero vivo.

Los finos párpados se abrieron ligeramente.

—No te quedes ahí de pie. Siéntate.

Alguien se acercó apresuradamente por detrás de Perry.

—Su silla, señor —murmuró una voz.

Perry se sentó. Era famoso por sus habilidades discursivas, pero ¿qué podía decir en esa situación?

«Lamento que te estés muriendo» sería una mentira. Sería respetuoso con él, pero nada más, sin dar muestra de una emoción que no sentía.

«¿Qué mal has hecho?» sería honesto, pero demasiado brusco para soltarlo de primeras.

Perry eligió quedarse en silencio y dejar que el enemigo diera el primer paso.

Giles cerró los ojos otra vez. Quizá no tuviera la obligación de decir nada.

Entonces sus labios crispados se movieron.

—¿Te has casado?

—No.

¿Buscaba Giles un matrimonio que los aliara? ¿Con qué propósito? En cualquier caso, él no tenía ninguna hija.

—Soy un hombre maldito —gruñó Giles con la garganta seca—. ¡Maldito! Engendrar hijos varones y ver cómo la muerte me los arrebató... Esposas estériles y débiles... Maldito, te lo digo yo.

—La vida es del todo impredecible. La reina Ana dio a luz a catorce y murió sin tener un solo heredero.

—Maldita —insistió Giles—. Suplantó a su padre, el legítimo rey. Su hermana María sufrió la misma suerte: murió de viruela, agonizando. Estaba maldita por su maldad. Al igual que yo. ¡Al igual que yo!

Su repentino arranque de pasión le provocó un ataque de tos y el médico le acercó rápidamente una bebida.

Si alguien merecía estar maldito, ese era Giles, pero creer en maldiciones solo era indicativo de lo perturbado que estaba.

Perry miró al clérigo y articuló en silencio: «¿Loco?», ¿loco?

—No que yo sepa, señor —murmuró el hombre.

Giles apartó el vaso.

—¿No tienes nada que decir? ¿Nada?

—No existen las maldiciones, primo, ni nada que se le parezca. ¿Y quién te haría eso a ti?

—Clarrie, ella es quien lo ha hecho. Al principio parecía tan sumisa y tan tonta... —Entonces fijó los ojos en Perry de un modo exagerado—. Todavía puedo evitar lo peor. La Arpía Mallow mostró el camino.

Decididamente estaba loco, pero lo único que podía hacer era seguirle la corriente.

—¿Quién o qué es la Arpía Mallow?

—Hermana. Un monstruo caraculo, pero Henry se casó con ella igualmente. Conspiraron contra mí... —Se paró para respirar con dificultad unas cuantas veces—. Decía que podía revocar la maldición. Me reí de ella. Y entonces murió. ¡Murió! Que la maldigan. ¡Que la maldigan!

—¡Mi señor! —protestó el clérigo al verlo sufrir otro ataque de tos—. Tenga en cuenta el juicio al que deberá enfrentarse pronto.

Giles apretó los dientes y le dedicó un largo gruñido.

—Deja de gimotear. Agua. Malditos seáis todos, dadme agua.

El médico lo volvió a ayudar a beber.

—Debe descansar, señor.

—Pronto tendré el descanso eterno. O el fuego eterno. Henry Mallow tiene hijos y él es tan culpable como yo. Lo maldigo. ¡Lo maldigo!

Se atragantó otra vez y luego volvió a desplomarse sobre los almohadones con los ojos cerrados y la respiración silbante y fatigosa. Perry esperaba que la diatriba hubiera acabado con él. Ya estaba más que claro que había perdido la estabilidad mental, así que, con la misericordia de Dios, su cuerpo demacrado tampoco tardaría mucho en ir detrás.

Se sentía poderosamente tentado a irse, pero Giles no lo había citado allí para decirle esas bobadas. Había alguna conspiración en marcha y debía averiguar cuál era. Perriam Manor debía regresar a su verdadera familia, es decir, al conde de Hernesscroft, no a su hijo más joven.

Se acercó más a él.

—Escribiste que me habías nombrado heredero de la casa. Según el antiguo acuerdo, Perriam Manor debe volver a formar parte de la propiedad principal. Debes legársela a mi padre o a su hijo primogénito, no a mí.

El moribundo no mostró reacción alguna, pero Perry persistió.

—Ese error se corregirá en los tribunales, pero piensa en cuánto dinero se llevarán los abogados con el asunto.

*Ab.*

Se enderezó. Había dado en el clavo: Giles lo había hecho de forma que una pequeña parte de su herencia se perdiera antes de que esta se resolviera definitivamente. A los abogados les encantaba complicar los casos para su propio beneficio. A veces podían incluso darle una vuelta de tuerca al resultado.

Un escalofrío recorrió la espina dorsal de Perry al pensar en ello. No tenía ni idea de quién más podría reclamar la hacienda, pero un árbol genealógico de siete generaciones abría un amplio abanico de posibilidades. A él no lo usarían como arma de mezquindad. Pero ¿qué podía hacer?

En algún lugar de la habitación un reloj grande hacía tictac pesadamente.

Alguien tras Perry susurraba.

Se oía el frufú de las vestimentas, pero el hombre que yacía en la cama permaneció quieto.

Si sacudía a Giles, ¿podría conseguir sacarle unas cuantas palabras más?

Entonces este habló de nuevo esforzándose en pronunciar cada palabra.

—¿Sigues aquí?

—Sí. ¿Has escuchado lo que te he dicho?

—No estoy sordo. Ese antiguo acuerdo... dice que debo legar la casa al linaje de Beatrice. Pero no a quién. —El extraño ruido que surgió de su garganta fue, probablemente, una risotada—. Voy a crear discordia en el acogedor nido Herne, ¿verdad?

—Si te imaginas a mi familia como acogedora, estás muy equivocado —repuso Perry. Pero Giles estaba en lo cierto: si Perriam Manor

pasaba directamente a él, se crearía un nuevo cisma, esta vez entre su padre y él. Menos mal que el plan no funcionaría.

—¿Estás pensando en pasársela a Hernescroft? —preguntó Giles con los ojos todavía cerrados—. No puedes. Está escrito en el testamento... Lo he dejado todo atado.

Tosió otra vez.

—Señor, debo insistir en que descanse —dijo el médico.

—¿Para qué diantres voy a descansar? Quiero contar mi plan cuando todavía puedo disfrutar de él. Déjame probar esa bebida.

—No sería sensato, señor.

—¿Quién te paga? Dámela.

Con los labios apretados en una fina línea, el médico vertió el líquido meloso en una cuchara sopera y se la acercó a su paciente a la boca. Giles tosió de nuevo mientras se volvía a recostar y pareció quedarse dormido. Pero entonces la poción hizo efecto y medioabrió los ojos. Cuando habló, su voz sonaba más firme.

—Si no te atienes a los términos de mi testamento, el pacto no tiene validez. Por lo tanto, la casa se la queda quien yo elija. Ya hice que mis abogados lo investigaran. Si no haces lo que digo, tu familia perderá Perriam Manor para siempre.

Perry intentó ocultar lo mejor que pudo su reacción, que era principalmente de exasperación. Dudaba que el primo Giles estuviera mintiendo —estaba disfrutando demasiado—, lo que significaba que en las generaciones anteriores se había realizado una labor legal bastante chapucera. El mismo testamento podría impugnarse, pero eso también atraería la atención de una bandada de buitres del mundo legal.

Giles sonrió; ahora sí que estaba disfrutando.

—He añadido algunas otras condiciones también.

—Si son escandalosas, pueden derogarse.

—No son escandalosas. Pero ya las verás tú mismo cuando yo ya no esté. Y en referencia a la maldición...

—No existen las maldiciones.

—Cree lo que quieras, pero va con la herencia. Clarrie se aseguró de ello. La Arpía Mallow lo afirmó. A lo mejor debiera dejar que la maldición pasara a vuestro lado de la familia. Así por fin se haría justicia.

Loco, malo y vil.

Perry ya había tenido suficiente.

Cuando se puso en pie, Giles dijo:

—¿Huyes? ¿No quieres saber cómo evitar la maldición?

—Las maldiciones no existen.

—Con el matrimonio. La Arpía Mallow así lo dispuso. Si me casa con la sobrina de Clarrie, su fantasma se apaciguaría.

—Y entonces, ¿por qué no lo hiciste?

—¿Bailarle el agua a Nora Mallow? De todas formas, la muchacha era demasiado joven. Me busqué una nueva esposa, una que pudiera darme hijos... —Su silencio probablemente viniera del recuerdo de lo fútil que esta había sido, pero seguidamente continuó hablando—: Ahora lo harás tú. Fin de la maldición. Sálvanos a ambos, o los dos arderemos en el infierno.

—¿Casarme con una extraña que tiene relación con toda esta locura? —Se le escapó una risotada—. Debes enfrentarte a tu destino, primo, porque yo no voy a tomar parte en todo esto.

—¿No temes ir al infierno?

—No a resultas de una maldición, desde luego.

—Yo sí.

—Con razón, probablemente.

—He hecho cosas... Pero tú me salvarás.

—Lo lamento, pero debo rechazar el honor.

Giles se estaba debilitando. Su pecho subía y bajaba con cada respiración, pero se volvió a centrar en Perry. Puede que hasta hubiera sonreído con suficiencia.

—Harás lo que digo, primo, porque está en el testamento. Para heredar este lugar, debes casarte con la sobrina de Clarrie. Y salvarnos a ambos. —Volvió la cabeza—. Mi testamento... ¿dónde está mi testamento?

Un sirviente comenzó a buscar en los cajones.

Giles murmuró algo en referencia a la estupidez de todos ellos.

Entonces el hombre se acercó rápidamente hasta la cama con algunos papeles doblados.

—Dáselo —ordenó Giles, y el hombre se lo ofreció a Perry.

Este miró los papeles igual que si fueran un ramo de ortigas, pero los cogió. ¿Casarse? Él no tenía ninguna intención de casarse con nadie.

—Todo está ahí —susurró Giles—. Tuve tiempo para planearlo bien. Puede que le haya fallado a mi linaje, pero el vuestro lo pasará peor aún. —Comenzó a reírse.

Ya era suficiente. Perry se giró y se encaminó hasta la puerta.

Un sonido de asfixia hizo que se diera la vuelta.

El hombre yacía en la cama con la boca abierta, a media carcajada, y los ojos carentes de vida. El doctor se inclinó hacia adelante para confirmarlo, pero era un puro formalismo: Giles Perriam, de cuarenta y siete años, se había ido, bien al descanso eterno o al fuego eterno, pero Perry no puso en duda sus últimas palabras.

Había hecho todo lo que tenía en su mano para salirse con la suya y había elegido a Perry para llevar a cabo su plan.



## Capítulo 2

*P*erry quería escapar, regresar a Londres, pero el deber se lo impedía. Si había heredado ese lugar, debía ocuparse de él, al menos por el momento. Habló con las personas presentes más importantes para expresarle su agradecimiento por su asistencia y por llevar a cabo los primeros preparativos. Luego huyó de la fúnebre habitación.

Cuando puso un pie en el pasillo e inhaló un aire más fresco, la luz del día lo sorprendió. ¿Por qué corría la gente las cortinas cuando la muerte acechaba?

El pasillo no estaba muy iluminado a causa de los oscuros paneles que parecían estar por doquier, y la única ventana que había estaba tapada por la hiedra. Cuando iba de camino ya había reparado en la oscura hiedra que cubría las paredes y las ventanas. Era motivo suficiente como para deprimir hasta a un bufón de la corte, pero tendría que quedarse al menos una noche para poner algo de orden en el lugar. Según las normas de la decencia, debería quedarse hasta que se enterrara a Giles, así que aceleraría los preparativos.

Sin embargo, lo primordial en esos momentos era leer el testamento, identificar los venenos y encontrar los antídotos. Perriam Manor debía pasar a las ansiosas manos de su padre y él no iba a casarse con la muchacha Mallow, fuera quien fuese esta.

Caminó enérgicamente por el pasillo hasta llegar a una enorme escalera de madera de roble oscuro y bajó al vestíbulo, también lleno de paneles de ese mismo material. Hasta el suelo era igual: tablas de madera de roble oscurecidas por el paso de los siglos.

Ay, lo que daría por unas baldosas blancas y unas paredes pintadas con colores claros.

Y ventanas que no estuvieran tapadas por hiedra.

Un sirviente se acercó y esperó a recibir órdenes.

—¿Dónde está lord Raymore? —preguntó Perry.

—En la biblioteca, señor. —Tras un momento, el hombre se dio cuenta de que eso no significaba nada para él y lo llevó hasta el otro lado de la estancia.

—Gracias. Haz que nos preparen las alcobas y algo de comer. Y tráenos inmediatamente algo de beber. —Tras echar un vistazo al testamento que tenía en la mano, Perry añadió—: Brandy.

Entró en una modesta habitación con olor a humedad y apenas estanterías. Como cabía esperar, Giles no había sido un amante de los libros. Había dos ventanas de considerable tamaño cuyos cristales estaban conformados por pequeños rombos, pero estas también estaban cubiertas de hiedra. El amigo de Perry, lord Raymore, sentado tras la larga mesa de madera de roble, había tenido que encender un candelabro para poder leer un pequeño tomo.

El nombre completo de su amigo era comandante lord Raymore, pero también lord Cynric Malloren. Para sus amigos, Cyn.

Su amistad era reciente y había empezado cuando ambos se habían visto envueltos en una misión que el hermano de Cyn, el marqués de Rothgar, les había impuesto. Los dos eran diferentes en muchos aspectos; Cyn había llevado una vida militar mientras que el ámbito de acción de Perry había sido la corte y la política, pero se habían caído bien desde el principio y disfrutaban de su mutua compañía.

A pesar de su éxito como soldado, Cyn era guapo y de compleción menuda. Como también tenía el pelo rizado de color castaño rojizo, casi se le podía llamar hermoso, pero los hombres lo pagaban caro si se les ocurría decírselo a la cara. Perry no era de constitución mucho más robusta, pero su apariencia era claramente más masculina y su pelo, oscuro, así que no tenía que lidiar con aquel problema.

Cyn estaba con Perry cuando este recibió la carta de Giles e insistió en acompañarlo. En este momento puso el libro a un lado.

—¿Cómo está, y te ha explicado su capricho?

Perry tiró los papeles sobre la mesa.

—Está muerto y no es un capricho. Es un arsenal de maldad.

El sirviente regresó con una bandeja en la que traía un decantador de brandy y dos vasos.

—Ya veo que la situación requiere un buen trago. —Cyn se encargó de servir las bebidas. Una vez el lacayo hubo cerrado la puerta, dijo—: Cuéntamelo todo. Por eso estoy aquí.

Perry cogió su brandy y vagó por la habitación mientras le narraba la conversación que había tenido junto al lecho de muerte.

—Maldiciones, condiciones y acertijos —dijo Cyn—. El testamento debe de esclarecerlo todo.

Perry le echó otra mirada envenenada a los papeles.

—Yo me aferro a la idea de que hasta que no se lea, cualquier problema que contenga no existe todavía.

Cyn solo levantó una ceja, así que Perry se sentó y desató la cinta negra que lo mantenía cerrado. Se soltaron dos juegos de papeles doblados y él le echó un vistazo al contenido de cada uno.

—El testamento y un documento garabateado por Giles. ¿Cuál leemos primero?

—El testamento.

—Directo al grano. —Perry extendió las tres hojas y las aplanó, pero miró primero el final de la última página—. Firmado hace solo dos días. Me pregunto qué contendría el anterior.

—Eso no tiene importancia. Deja de retrasar lo inevitable.

Perry le lanzó a Cyn una mirada furibunda, pero le echó un vistazo a la primera página.

—El preámbulo habitual... Ah. «*Al no tener un hijo heredero, estoy obligado a cumplir con un antiguo pacto familiar y a pasarle Perriam Manor, junto con todos sus bienes y tierras, a la rama mayor de la familia Perriam, que es la del conde de Hernesscroft. Por consiguiente, nombro como heredero a Peregrine Charles Perriam, el hijo más joven de dicho conde.*» Espero que el diablo lo esté tostando bien.

—¿Por qué? Una propiedad como esta difícilmente es una carga.

—¿No? La anexión de Perriam Manor al condado ha sido una cruzada sagrada durante dos siglos. Pasaba de Perriam a Perriam por línea materna.

—Entonces todo está ahora solucionado.

—No seas estúpido. Que yo la posea es solo el comienzo de un nuevo cisma.

—Discúlpame por mi estupidez, pero no entiendo nada.

Perry se pasó una mano por el pelo.

—No, soy yo quien debe disculparse. Por supuesto que no lo entiendes. Déjame intentar simplificártelo. En el pasado, durante el reinado de Enrique VIII, el lord Perriam de la época no tuvo hijos varones, así que las herederas serían sus dos hijas.

—Ah, sé algo de eso. Estaba leyendo *Una historia de Perriam Manor*, que se encontraba bien visible en el centro de la mesa.

—El lado Beatricio de la historia.

—¿Beatricio?

—Las dos hermanas. Cecily la mayor y Beatrice la menor. El linaje Cecilio y el Beatricio.

—¿Pueden haber diferencias entre los dos?

—Enormes, sospecho. Beatrice quería que las propiedades de los Perriam se dividieran de forma equitativa, pero Cecily objetó e insistió en que las propiedades del futuro lord Perriam no deberían repartirse. Su padre ya le había hecho la petición al rey y había acordado con él que el título de lord Perriam pasara a una o a otra de sus hijas por orden de edad. Cecily era la mayor y ya tenía un hijo.

—Que sería el siguiente barón. Exigir todas las propiedades fue un poco ambicioso.

—Eso es lo que pensó Beatrice. La lucha continuó hasta que el rey intervino y sentenció que esta solo podría tener una de las cuatro propiedades en litigio, pero era libre de elegir la que quisiera.

—Una decisión casi salomónica —dijo Cyn—. Deduzco que eligió esta. ¿Por qué provovó esa decisión tal rencor? ¿Era la más valiosa?

—No. La propiedad de Worcestershire ya era más grande y más productiva, pero esta era la más antigua. Fue construida a finales del siglo XV, en el mismo emplazamiento de una que databa del siglo XIII. Este es el lugar de origen de los Perriam.

Cyn silbó.

—Lista la tal Beatrice...

—Si así es como lo quieres ver... Cecily estaba furiosa, pero todo lo que ella y sus consejeros pudieron hacer fue intentar limitar el daño.

Se accedió al pacto de que si el linaje de Beatrice no proveía al mundo de un heredero directo varón, la propiedad volvería a manos de Cecily. Supongo que el documento está entre estos papeles. Yo nunca lo he leído. Por aquel entonces, Beatrice tenía tres hijas y estaba acercándose al final de su edad fértil, así que su hermana mayor debió de pensar que el agravio se repararía rápidamente. Sin embargo, el ansiado hijo llegó, y el linaje ha seguido trayendo al mundo herederos varones directos durante doscientos cuarenta y un años. Hasta ahora.

—Así que el momento de la restauración está a punto de llegar, pero ¿que tú la heredes no se consideraría una completa restauración?

—No, no se considerará como restauración directamente. Ten en cuenta que un Perriam ha poseído el lugar durante siglos, pero no el correcto. Mi padre tendrá una apoplejía cuando se entere. Está claro que no aumentará su cariño hacia mí, aunque no es que me importe... —dijo Perry rápidamente—, pero siempre estamos de malhumor en mi familia, hasta en el mejor de los días.

—Entonces cédele a él la casa —propuso Cyn.

—Al parecer, no va a ser tan fácil. Giles dijo que ya lo había previsto y se había encargado de ello.

Perry cogió el testamento para buscar la cláusula, consciente de que no le había contado todavía nada a Cyn en referencia a la amenaza de matrimonio. Leyó por encima las palabras hasta que la encontró.

—«*Si Peregrine Perriam vende o cede la propiedad antes de su muerte, tal venta o cesión será invalidada y pasará entera al vizconde de Nethercote.*» ¡Me cago en la leche!

—Explica por qué Nethercote es un problema. Ten en mente que me he pasado la mayor parte de mi vida adulta fuera del país y, desde luego, lejos de la alta sociedad.

—Nethercote y mi padre han estado enfrentados durante años debido a una propiedad que es rica en carbón, y recientemente mi padre ganó. Nethercote no le vendería Perriam Manor a mi padre ni bajo el chantaje del rey.

—Cómo le gustan las peleas a tu familia...

—No te lo niego, y Giles se ha aprovechado de esa animadversión. —Dio un golpecito con el dedo en el testamento—. Esto, amigo mío,

es una daga minuciosamente forjada, y ha tenido tiempo de sobra para pulirla hasta que quedara perfecta.

—Seguramente puedas legarle Perriam Manor a quien tú quieras, ¿no?

—Eso creo, pero espero no verme en esa obligación hasta que pasen muchas décadas más.

—¿Tu padre no estará dispuesto a esperar? Ah, claro. No mientras él viva.

—Correcto. Y está esperando celebrarlo pronto. De hecho, en unas semanas.

—No puede dispararte.

—Yo no estaría tan seguro. —Perry dejó el testamento a un lado y cogió el otro juego de papeles doblados—. Leamos el veneno que destilan las propias palabras de Giles.

*Mi estimado Peregrine:*

*Si estás leyendo esto es que estoy muerto y descubriendo el más allá. Espero que en él se pueda sentir la satisfacción por el trabajo realizado en la tierra, porque estoy bastante satisfecho conmigo mismo. Tienes reputación de ser más listo y diestro para los entresijos de la sociedad que yo, pero creo que ni siquiera tu talento te permitirá evitar mi trampa.*

*Te preguntarás, quizá, si puedo dejarte la casa a ti y no a tu padre, pero el pacto se redactó sin prestar mucha atención a las palabras y solamente requería que le devolviera la propiedad a la otra rama de la familia. Te adjunto una copia para que puedas verificarlo.*

*Habrás pensado al instante en cederle la casa a tu padre, pero el testamento lo prohíbe: me aconsejaron que pusiera tales condiciones. Debes ser el propietario hasta la muerte.*

*Ya casi puedo saborear con placer la tortura que esto le causará a Hernesscroft, al igual que él me ha torturado a mí con alardes de su inminente triunfo.*

—Padre siempre empeorándolo todo... —dijo Perry.

Otro requisito es el de tener que pasar cada año un total de treinta días y noches en la residencia. Desafortunadamente, mis consejeros legales sintieron que más sería oneroso, y no daré cabida a ninguna otra salida diferente a esta. Como le tienes tanto cariño a la vida en la ciudad y te mantienen ocupado allí de muchas maneras interesantes, espero que cada uno de esos treinta días te arrastre a la desesperación.

¿Qué pasa si te niegas a cumplir mis condiciones?

La propiedad pasaría entonces al vizconde de Nethercote y en un futuro a sus herederos varones. En ese caso, ya ves, la familia Perriam perdería la casa para siempre.

Anticipando tu impotente rabia,

Giles Perriam

—Ojalá esté ya ardiendo en el Hades —masculló Perry bajando la carta.

—También hay una deleitosa anticipación por su parte.

—Como he dicho, somos una familia desagradable.

—Tú no.

—¿No? De verdad espero que Giles se esté asando. Treinta días.

—No es una carga insoportable.

—No me gustan las cacerías bucólicas.

—Te gusta cabalgar.

—Londres tiene parques y tierras yermas cerca.

—Sé sensato, Perry. Todo el mundo abandona Londres con el calor del verano. Pasa agosto aquí.

—Me paso la temporada estival visitando amigos —dijo Perry, pero oyó lo petulante que había sonado—. Te lo admito: tortura es poco comparado con lo que esa condición me va a suponer. Sin embargo, él mencionó un asunto más.

Cogió el testamento.

—Ah, aquí está. «Para garantizar esta herencia, se le requiere a Peregrine Charles Perriam, en el plazo de un mes a partir de mi muerte, contraer matrimonio con Claris Mallow, hija de mi viejo amigo Henry Mallow, y sobrina de una mujer a la que no supe tratar bien en mis locos años de juventud. Con eso me aseguro poder evitar el peor efecto de una maldición que me echó mi víctima, Clarrie Dunsworth: una maldi-

*ción que ha acabado con la vida de mis esposas e hijos y ha malogrado mi salud. Si mi heredero, es decir, Peregrine Perriam, no lo cumple, él y su descendencia heredarán la maldición junto con Perriam Manor. Así lo escribió Clarrie, y así será.»*

—Eso sí que es una locura —dijo Cyn—, y seguramente pueda impugnarse.

Perry soltó con brusquedad los papeles.

—Todo podría impugnarse, pero el proceso podría durar años y no conseguiría nada más que llenar los bolsillos de los abogados, especialmente con otro heredero entre bastidores.

—No vas a casarte con esa mujer, ¿verdad? Has dicho que no tienes ningún deseo de casarte.

—Estoy demasiado ocupado como para casarme. Mi estilo de vida no me permite tener una esposa y, mucho menos, hijos.

—Tu comodísima residencia en St. James, los clubes privados, los cafés, la corte y la alta sociedad...

—Eso mismo.

—Entonces no lo hagas.

—¡No tengo elección! —soltó Perry de sopetón—. Giles me tiene bien agarrado. Si no hago lo que me dice, perderemos Perriam Manor para siempre.

—Pues deja que se pierda.

—No puedo hacer eso.

Perry bebió de su brandy; su mente trabajaba a toda velocidad. Maldito fuera Giles y toda la historia de su familia.

—El matrimonio no es un destino tan terrible —afirmó Cyn—. A mí me gusta bastante.

—No eres el único. Mis hermanas parecen contentas, cada una a su manera, pero la unión de mi hermano mayor, el primogénito, es una auténtica tortura. Una clara advertencia para que no me case por satisfacer a la familia. Milicent consiguió una fortuna, pero está pagando por cada guinea.

—A lo mejor Claris Mallow te gusta. Si no, hay muchas parejas que siguen vidas separadas.

—Mi única esperanza... —Perry se terminó el vaso y lo dejó sobre la mesa—. Sigamos buscando otros puntos llenos de veneno. —Perry



leyó rápidamente lo que quedaba de testamento—. Solo pequeños legados a sirvientes de confianza y cosas así. —Lo volvió a doblar, luego cogió la carta de Giles y la leyó hasta el final—. Ah. Dice que sería recomendable que consultara el libro de la biblioteca para más información.

Cyn levantó el libro.

—¿Este?

—El único que importa.

—¿Tienes que leerlo, entonces? —Cyn lo ojeó.

Un papel cayó al suelo. Cyn se lo tendió a Perry. Era más antiguo que el testamento y la carta y estaba desgastado por el pliegue, como si se hubiera doblado y desdoblado numerosas veces.

Perry lo alisó.

—¡Por todos los santos! Es la maldición.

La pequeña letra era sorprendentemente clara para un escrito semejante, oscuro y conciso, y sugería un torrente de emociones muy poderoso.

Me has traicionado, Giles Perriam. Me has convertido a mí en una ramera y a mi bebé nonato en un bastardo y tu dinero no puede hacer nada para arreglarlo. Ya no sabrás nada más de mí, pero ahora y con mi último aliento te deseo todos los sufrimientos que tu negro corazón se merece. Que sufras como yo debo sufrir. Que todas las esposas que tomes mueran tan jóvenes como yo debo morir, y que todos los hijos mueran jóvenes tal como el mío debe morir. Que tú también mueras joven y con sufrimiento. Que la culpa te corroa cada día hasta que Satán venga para llevásete al infierno, y que esta maldición pase a tus herederos durante todo el tiempo que sea posible.

Cyn silbó.

—¡Un mejunje impresionante!

Perry soltó el papel en la mesa con brusquedad.

—Compadezco a la mujer, pero esto es un puñado de sandeces.

—Giles Perriam sí que parece haber vivido rodeado de infortunios.

—La vida es imprevisible para todos.

—La vida también puede ser extraña. En mis viajes me he topado con cosas que me impedirían ignorar una maldición tan bien justificada.

—Yo no tomé parte en la crueldad de Giles. —Perry estaba intentando rechazar completamente la maldición, pero las palabras tan directas y poderosas obraban efecto en él.

—Quizá encuentres una salida. Claris Mallow podría ya estar casada.

—Esto lo firmó hace tan solo dos semanas —señaló Perry.

—¿Tu malvado pariente no sería tan descuidado?

—Planeó esto con precisión para causar el mayor daño posible.

—¿Hay algo escrito en el reverso de la carta?

Perry giró la hoja.

—Para ayudarte a casarte en el plazo de un mes, te cuento que Claris Mallow es una solterona de veintitrés años que vive en el pueblo de Old Barford, en Surrey, y es hija del párroco de la iglesia, Henry Mallow.

—¿La hija de un clérigo? —dijo Cyn—. Me esperaba algo peor. Una conducta recatada y un compromiso para con las buenas obras.

—He conocido a algunos que rompen ese molde.

—¿Que sigan viviendo en la rectoría?

—Tú ganas. Pero en sus desvaríos, Giles mencionó a Henry Mallow con ira. Me aventuro a decir que la rectoría es un nido de serpientes.

Perry releyó parte del testamento.

—Solo se me requiere que me case con la mujer. Nada más. —Volvió a doblar los papeles, agrupándolos con cuidado, y a anudar la cinta negra—. Una vez celebrada la ceremonia, ella puede permanecer en la rectoría o venir a vivir aquí. Aunque mi padre se enfurezca, yo habré hecho todo lo que está en mi mano por ayudar a la familia y seré libre de volver a la ciudad y a la cordura.